

pagano; asunto que ofrece un ancho campo á las conjeturas, y cuyas dificultades aumenta la de dar su verdadero sentido á las palabras. Las ceremonias y ritos, como demostraciones esternas y que hieren los sentidos, se prestan fácilmente á la descripción; pero la esencia del dogma, envuelta generalmente en un lenguaje metafísico y mezclado con nociones de una teogonía fantástica, presenta grandes oscuridades que la mas vasta erudición no basta á desvanecer. Con respecto á la China, á pesar de los innumerables volúmenes que se han escrito sobre su estado religioso, todavía quedan muchas dudas y no pocas contradicciones que dejan al lector poco satisfecho y en la incapacidad de formarse una idea completa del asunto. Proviene esto en parte de las indefinidas ideas del pueblo mismo sobre el carácter de sus dogmas; en parte de la variedad de ritos que se hallan en diferentes partes del imperio, y en parte también de la diversidad de opiniones que se notan entre los que pertenecen á la misma secta. Antes de pasar adelante señalaremos dos caracteres negativos en la religión de los chinos: jamás practicaron sacrificios humanos y jamás deificaron el vicio. La inmolación de la vida del hombre en aras de las deidades creadas por su fantasía, ha sido una práctica admitida en todos los siglos, y por naciones, no solo diferentes en sus respectivos grados de civilización, sino separadas por largos intervalos de espacio y de tiempo. Todavía en nuestra época se ofrecen sacrificios humanos en muchas naciones de Asia, Africa y Polinesia, como se ofrecieron siglos antes de la introducción del cristianismo en Egipto, en la India, en Cartago y aun en Grecia y en Judea. Los españoles los hallaron practicados en Méjico cuando se apoderaron de aquel territorio. Los anales chinos que, como es sabido, empiezan en la mas remota antigüedad, no presentan el menor vestigio de semejante barbarie. Aun es mas notable que una religión tan material como la de los chinos se haya abstenido de deificar la sensualidad, convirtiendo los deleites vedados en objetos de culto. En el breve catálogo de sus diosas no se encuentra la Venus de Grecia, ni la *Lakshmi* de los indios. Nunca sancionaron sus sacerdotes ritos tan impuros como los que se celebran en la Gran India con el nombre de *Durga Puja*, ni se alojan en sus templos sacerdotisas de la prostitución como en los de Benarés y Corinto. Sus especulaciones metafísicas sobre el *Yin* y el *Yang*, ó los principios masculino y femenino, no degeneraron nunca en la torpe adoración del *lingan* y del *yoní* del Indostan, ni en la del *amun ken*, representado en las ruinas de Tebas. No falta licenciosidad en sus costumbres privadas; pero siempre han ocultado el vicio á las miradas del público, y jamás se ha visto en sus habitaciones la significativa representación que se ha descubierto en las casas de Pompeya, con el lema: *hic habitat felicitas*. Tampoco tienen una gerarquía sacerdotal, pagada por el Estado, ni sus sacerdotes han monopolizado el poder y el influjo, aunque tanto los budhistas como los racionalistas han sido muchas veces favorecidos por los emperadores y elevados á los mas altos empleos. Siempre ha habido en China una religión de Estado, quizás en sus principios mas exenta de errores groseros y con mas tendencias al espiritualismo que todas las de las naciones primitivas del Asia (1); pero que, despojada despues

de su parte doctrinal y dogmática, llegó á convertirse en un ritual de ceremonias y prácticas esternas. La palabra *kiau*, que significa enseñanza, se aplica á todas las sectas que no son la religión del imperio: esta no tiene nombre genérico. Los objetos de su culto son cosas, y muy pocas personas. Hay tres grados de sacrificios: el grande, el de en medio y el inferior, y todos se comprenden en la palabra *kium tsz'*, que significa muchedumbre. Los objetos á los cuales se ofrece el gran sacrificio son cuatro: *tien*, es decir, el cielo, el espacio, la gran concavidad imperial; *ti*, la tierra, honrada también con el epíteto de imperial; *tai miao*, ó el gran templo de los antepasados, en que se conservan los nombres de todos los emperadores, y *Shie Tsih*, que son los dioses de la tierra y del grano y los patronos especiales de cada dinastía. Los sacrificios de en medio se ofrecen á ocho objetos, que son: la gran luz ó el sol, la luz nocturna ó la luna, los manes de los emperadores y reyes de las primeras dinastías, Confucio, los patronos de la agricultura y del tejido de la seda, los dioses que habitan en el cielo, la tierra y el año corriente. Los sacrificios inferiores se ofrecen al patrono de la medicina, á los innumerables espíritus de los hombres de Estado eminentes, filántropos y mártires de la virtud difuntos; á las nubes, lluvias, vientos y tempestades; á cuatro ríos, cuatro mares y cinco montañas; al polo del Norte; á los genios que protegen los cañones, las banderas y las puertas de las ciudades. El emperador no hace mas que el gran sacrificio, ó por mejor decir, lo hacen en su presencia los personajes de la corte y los miembros de la oficina de los ritos, y él se contenta con hacer tres genuflexiones y nueve profundas reverencias. Si el sacrificio es al cielo se viste de celeste; si es á la tierra de amarillo; si al sol de rojo; si á la luna de blanco. En estas ocasiones no se admiten sacerdotes ni mugeres, excepto si el sacrificio se dedica á *Yuen fi*, que es la diosa de la manufactura de seda. No hay en todo el imperio mas que un templo consagrado al cielo y otro á la tierra; los dos están en Pekin, el del sol al Este y el de la luna al Oeste de la ciudad. En los equinoccios un príncipe de la familia imperial acude á estos santuarios por comisión del emperador y celebra los ritos despues de haberse preparado con el ayuno, la meditación y el retiro. El sacrificio consiste en bueyes, carneros, puercos y piezas de damasco y otros tejidos de seda. La carne de las víctimas se presenta aderezada en el altar, sin guirnaldas ni adornos. Las leyes imponen severos castigos á los descuidos y faltas de formalidad que se cometan en estas ocasiones, como á los individuos que celebren los sacrificios reservados al emperador y á su familia. El vulgo innoble de China puede adorar las piedras y los postes; pero no puede, so pena de muerte, usurpar las funciones del vice-gerente de la divinidad en sus relaciones con los poderes celestiales. El emperador representa al *Shangti*, que es la suprema inteligencia, es el gran sacerdote, el órgano de la voluntad de los dioses, y bajo este punto de

de las tradiciones antidiluvianas, conservadas entre ellos con mas escrupulosidad que entre las otras razas asiáticas. No hay duda que en sus tradiciones se encuentra el recuerdo de una inundación universal; que en su escritura la figura que representa una torre significa dispersión, y que en sus libros clásicos se habla de un dragon ó del espíritu de un dragon que, por su presunción de querer subir á los cielos, fué precipitado en el abismo, empleando en esta narración casi las mismas palabras de que usa la Biblia al hablar de la caída del ángel rebelde.

(1) Escritores de grave autoridad atribuyen esta pureza de la religión primitiva de los chinos á las nociones

vista es tan celoso de su autoridad como de la ilimitada que ejerce en el órden civil y político.

Este culto del Estado no es, pues, otra cosa que un vano aparato esterior que deja vacíos el corazon y el entendimiento. Tiene, sin embargo, muchos puntos de contacto con el *Ju kiau* ó secta de los letrados, llamados tambien *confucionistas*, porque todos sus sacerdotes y miembros veneran y estudian los clásicos, de que fué editor aquel hombre célebre. Esta secta no escluye ninguna de las otras, y un confucionista puede asistir sin escrúpulo á los templos budhistas, á los racionalistas y aun á los cristianos. Esta indiferencia nace de la estrema reserva con que Confucio habló del Ser Supremo y de sus atributos en el sentido del *Deus incognitus* de los romanos. Además de Confucio los letrados veneran á un teogonista antiquísimo, llamado *Chu hi*, que fué el que desarrolló la primitiva idea de los principios masculino y femenino el *Yin* y el *Yang*, suponiendo que habian salido de un huevo y que con ellos vinieron al mundo el calor y el frio, la luz y las tinieblas, el fuego y el agua y el espíritu y la materia. *Chu hi* no descubrió pruebas suficientes de la existencia de Dios, ni de la inmortalidad del alma. Las penas y las recompensas se dan en este mundo al individuo mismo ó á su posteridad; pero los dioses ó el *Shangti* suscitaron de cuando en cuando una clase de sábios, hombres de puro corazon y alta inteligencia, destinados á ser los instructores de la humanidad. Las funciones de estos *shing jin* ó santos, que formaban una trinidad con el cielo y la tierra, se reducian á fijar los principios del gobierno del mundo; todos sus pensamientos eran intuitivos, adquiridos sin estudio ni trabajo. El principal de estos personajes es Confucio, y le siguen en gerarquía Mencio, á quien llaman el Santo número 2, y los antiguos reyes *San*, *Shun* y *Wan*. Los emperadores de la dinastía reinante reciben los honores de la canonizacion; pero si entra una nueva dinastía en el poder, los de la antigua quedan en clase de jubilados. Esta facultad de deificar séres mortales y objetos físicos, estuvo limitada en los principios á la clase de letrados; pero el pueblo la fué adoptando poco á poco, y en la actualidad todo chino es libre de tributar honores divinos á cualquiera objeto del que espere alivio en sus males ó aumento en su bienestar, y así, el marinero adora su embarcacion, el enfermo sacrifica al mercurio ó al cáustico y el artesano á sus utensilios. Es obligacion de los magistrados asistir á los templos en ciertos dias del año y celebrar las ceremonias que indica el almanaque ó que prescribe el tribunal de ritos. Los objetos del culto en estas ocasiones son los montes, los rios, los genios patronos de las ciudades, ó las nuevas deidades creadas por el emperador.

En cada ciudad hay un templo consagrado á su patrono respectivo, que se llama *Ching whuang*. El viagero inglés Loch describe del modo siguiente uno de estos santuarios, cuya entrada le fué permitida: «En el centro de un estanque de forma irregular se alza una roca aislada y en ella un templo de dos pisos, en que solo se admite la gente rica. Sostienen el techo columnas de madera, talladas con gran delicadeza; llenan los espacios figuras estravagantes de mónstruos y animales fantásticos, y cada ventana tiene una celosía movable que se alza y baja para preservarse del sol y del viento. La cornisa y las mamparas están cubiertas de adornos, esquisitamente trabajados, que representan flores, pájaros, insectos y rocas. Este es el

*Viage ilustrado.*

templo principal. En la misma isla hay otros pequeños, colocados en los picos de las peñas, y cuya construccion es sumamente ligera y elegante. El mismo lago contiene otras islas de menor estension, que se ligan con la principal por medio de puentes, enteramente semejantes á los que vemos representados en los jarrones, abanicos y otros artefactos chinoscos. Todas estas construcciones están profusamente rodeadas de flores y arbustos, y además hay un jardín de plantas enanas. A la cima del monte artificial se sube por senderos tortuosos, y en cada vuelta se encuentra algun objeto curioso. Por todas partes se descubren cascadas, precipicios, merenderos, laberintos y otros artificios que sorprenden por su novedad y estrañeza, cada uno con una inscripcion adecuada.»

Los templos dedicados en todo el imperio á Confucio son 1,560 y en ellos se sacrifican anualmente 62,600 puercos, conejos, carneros y venados, y 27,000 piezas de tegidos de seda. El templo municipal no es el único en que los magistrados desempeñan sus deberes religiosos: tambien entran en los dedicados al vulgo, y como éste pueden adorar los objetos que se les añojen. Como los empleados públicos tienen la obligacion de proporcionar al pueblo el órden de las estaciones necesario para la seguridad de las cosechas, son responsables de las vicisitudes atmosféricas que las destruyen ó pervierten. En semejantes ocasiones acuden á los medios mas ridiculos para salir de su compromiso. En 1835, con motivo de una sequia que afligió las provincias del Sur por espacio de ocho meses, el prefecto de Canton publicó el siguiente edicto:

«*Pwang*, prefecto en propiedad de *Kiwangchau*, promulga este aviso invitatorio: Hace mucho tiempo que no llueve; los anuncios secos continúan; nuestras súplicas no son oídas y mi corazon está desollado de dolor. ¿No hay en toda la provincia un hombre extraordinario que pueda obligar al dragon á darnos agua? Sabed vosotros todos, soldados y pueblo, que si hay alguno en esta ú otra provincia, sea ó no sacerdote, el cual, por ensalmos, artificios ó de otro modo, pueda atraer las nubes y abrirlas para que caiga abundancia de agua, yo le suplico reverentemente que suba al altar del dragon y rece con la devocion que el caso requiere. Despues que llueva lo recompensaré con dinero y con inscripciones que hagan célebre su nombre.» A esta invitacion respondió un sacerdote budhista. Delante de la casa del prefecto se erigió un altar, donde aquel sacerdote estuvo por espacio de tres dias tocando platillos y haciendo contorsiones. El pueblo se burló del sacerdote y del prefecto; pero seguia quejándose y pidiendo agua. Se prohibió matar animales; la puerta del Sur de la ciudad se mandó cerrar en señal de afliccion, y mas de 20,000 personas asistian noche y dia al templo de la diosa de la Compasion. Por último recurso el dia antes de la lluvia el prefecto hizo voto de dar libertad á todos los presos que no estuviesen condenados á muerte. Los cielos no se resistieron á tanto: llovió y toda la poblacion acudió á la apertura de la puerta cerrada, celebrando estrepitosas acciones de gracias.

Los hombres instruidos toman parte en todas estas prácticas supersticiosas, aunque las ridiculizan y desprecian como merecen. A veces los devotos se irritan contra los objetos de su culto, y los castigan cuando no obtienen de ellos lo que piden. Otro gobernador de Canton, en ocasion semejante á la que hemos referido, aúdió un dia de estremo calor al templo del dios de

la lluvia, vestido con el pesado ropaje de su empleo. Viendo que el númer se mantenía inflexible á sus ruegos exclamó: «El dios está sentado á lo fresco en su nicho y no tiene compasion de los que nos estamos asando con la sequía: pues bien, ahora veremos.» En seguida mandó amarrar una cuerda al cuello del ídolo y arrastrarlo por el suelo del templo. Casualmente llovió poco despues; el ídolo fué colocado de nuevo en su nicho y el gobernador le pidió mil perdones por el mal rato que le habia ocasionado.

La escuela filosófica de los racionalistas, llamada *Tau Kia* y fundada por *Lautsz*, degeneró en secta religiosa, cuyo principal artículo de fé es que su fundador no era un hombre como los demas, sino la encarnacion del *Tau* ó la razon divina, origen del espacio como el espacio lo es de la tierra y del cielo, y como estos lo son del hombre; poder que existe por sí mismo, flotando antes de la creacion en el Océano y en la oscuridad, y que despues penetra en todas las existencias sin que los siglos puedan circunscribir su duracion. Los individuos de esta secta, que son sacerdotes, viven en pequeñas comunidades con sus familias y se ocupan en el cultivo de la tierra. Algunos andan sueltos, manteniéndose de limosna y vendiendo ensalmos y específicos. Se afeitan parte de la cabeza y en la otra se enrollan los cabellos en trenzas y los sujetan con una gran aguja. Visten túnicas de color de pizarra; estudian la astrología y fingen tener comunicaciones con los espíritus. Componen bebidas que, segun ellos, prolongan la vida y aun aseguran la inmortalidad. Hubo un emperador que les confirió el título de doctores celestiales, y les edificó un templo suntuoso, en que se adoraba la estatua colosal del fundador. Desde entonces empezaron á decaer estos sectarios hasta convertirse en ridículos charlatanes. Una de sus mas notorias prácticas consiste en andar descalzos sobre cenizas calientes despues de haber hecho gran estrépito con platillos y timbales y de haber rociado el fuego con agua bendita. En lugar de la doctrina filosófica de su fundador han adoptado una série de leyendas absurdas, de que se burlan hasta las gentes menos instruidas.

La secta mas propagada en China es la de los budhistas ó sectarios de *Fo*. Fué introducida en el imperio el año 66 antes de Jesucristo por medio de una embajada que, á instancia de los racionalistas, envió el emperador á las regiones de Occidente en busca de un sabio que debia nacer allí por aquel tiempo. Otros dicen que fué sugerida por Confucio. Es probable que los chinos habian oido hablar de las profecías de los hebreos sobre la próxima venida del Mesías. Los embajadores se encontraron en su peregrinacion con unos misioneros budhistas que salieron de la India con el designio de propagar su religion en Oriente. Creyendo desempeñado el objeto de su encargo, los embajadores volvieron con los misioneros á China, y estos fueron acogidos con gran favor por el gobierno y por el pueblo. En pocos años el número de prosélitos sobrepusó al de los sectarios de la religion natural y al de los racionalistas. Sus sacerdotes formaron una corporacion inmensa, y su influjo llegó á ser poderoso. Su demonolatría permite la incorporacion de los númeres y espíritus de otras sectas y la adoracion de sus respectivas deidades, con lo cual y con la promesa de una vida futura llena de delicias, halagaron los ánimos del pueblo y lograron entronizarse en la opinion pública, propagaron sus doctrinas por medio de libros

y folletos, prefiriendo este sistema al de abrir escuelas públicas y dar lecciones verbales. Su vida indolente y retirada, aparentemente absorta en la lectura y en las prácticas religiosas, les daba cierto aire de dignidad, que les atraía el respeto de todas las clases de habitantes. Es increíble el número de los templos erigidos á *Fo* en todas las provincias del imperio: solo en Canton se cuentan 124, atestados de ídolos de todas clases y grados, que se supone estar allí aguardando las plegarias de los fieles para concederles cuantas gracias les pidan. La disciplina de la secta es tan rigurosa, que exige una renuncia completa del mundo y las mas severas austeridades para mortificar la carne, y prepararse dignamente á los goces de la vida futura. Los sectarios viven, como ya hemos indicado, en pequeñas comunidades para ayudarse mutuamente en el ejercicio de la virtud y en la continua invocacion del nombre de *Fo*. Se afeitan enteramente la cabeza en señal de purificacion; pero no el resto del cuerpo, como hacian los sacerdotes egipcios. Se abstienen de todo alimento animal, y no usan en sus trages ni pieles, ni seda. Viven de limosna y del cultivo de los terrenos anejos á los templos, de la venta de perfumes y papel dorado para los sacrificios, de las obvenciones que reciben por asistir á los entierros y por alimentar con oraciones las almas hambrientas de los difuntos. En algunos de sus monasterios tienen bibliotecas bien provistas de clásicos y obras morales y religiosas. Su liturgia está en sanscrito, idioma que ninguno de ellos entiende, pero á cuyo uso atribuyen efectos milagrosos. Su rezo principal consiste en repetir millones de veces el nombre de *Fo*, y para hacerlo con la mayor exactitud y regularidad posibles, usan una estampa que contiene 5,048 rayas, dispuestas en forma de pera, y en cada una de ellas se ha de pronunciar mil veces el nombre sagrado. Concluida la operacion se quema el papel y sube al cielo á figurar en la cuenta corriente del interesado. En esta cuenta la construccion de una obra útil, como un pozo ó un puente, vale por diez; curar una enfermedad ó enterrar un cadáver vale por veinte ó treinta. Por el contrario, en la columna de lo pasivo una repension injusta vale por tres; profanar un sepulcro por cincuenta; desenterrar un muerto por ciento. La idea de llevar cuenta corriente con el cielo es una idea muy propagada entre los chinos. Al fin del año se hace un balance; si el *debe* sube á mas que el *ha de haber* se compensa la diferencia por medio de algunas obras meritorias. Los dias festivos se distribuye arroz cocido á los pobres á la puerta de los monasterios.

Considerando las pocas restricciones que esta religion impone á los apetitos depravados de la humanidad, y las muchas espiaciones que ofrece á las acciones pecaminosas, hay motivos para estrañar que no se haya generalizado en el imperio, suplantando las otras dos sectas dominantes. Debe atribuirse esta circunstancia á la obligacion del celibato, repugnante á las propensiones amatorias y domésticas de los chinos. Por otra parte, aunque los dogmas de la secta gozan de mucha popularidad, no así las personas de los sacerdotes, por el aislamiento en que viven, y su repugnancia al trato social, y á las relaciones amistosas con las otras clases. Ademas de esto, los letrados han sido siempre enemigos de Budha, de sus dogmas y de su ritualidad, pretendiendo que todo lo bueno de aquella creencia se halla en los libros de los clásicos, sin ninguno de sus defectos y extravagancias. El re-

sultado de este conflicto de opiniones, es, según el dicho del célebre sinólogo Morrison, que en China los letrados atacan el budhismo, los hombres corrompidos lo denuestan y satirizan, y la mayoría de la nación lo profesa. El emperador *Khanghi* promulgó un largo edicto contra la secta; censuraba la holgazanería de los sacerdotes, y la práctica de admitir mugeres en sus templos, de lo que resultaban grandes desórdenes; y sin embargo, tenía en su palacio una capilla consagrada á *Fo*, y todos los días le hacia sacrificios.

La secta tiene tambien conventos de mugeres dedicados á la Santa Madre reina del cielo. La mayor parte de ellas se crian en el convento desde niñas, y no profesan hasta la edad de diez y seis años. Hacen voto de castidad, no comen mas que vegetales, y sus obligaciones son el rezo, el cuidado y aseo de los templos, y la asistencia á los enfermos. Sin embargo de esto, los viageros aseguran que son muy alegres y juguetonas, y no poco libres en la conversacion. Los chinos las desprecian por esta lijereza de conducta; pero las miran al mismo tiempo con cierto temor, por suponerlas en cierta comunicacion con los espíritus. Visten exactamente el mismo traje que los sacerdotes, y como no tienen los pies contrahechos, á la manera de las otras chinas, muchas veces no se distinguen de ellos en la calle.

Las ceremonias del culto de *Fo*, no carecen de gravedad y decoro. Descríbelas del modo siguiente un viagero testigo de vista: «Habia catorce sacerdotes, siete á cada lado del altar, derechos, los brazos cruzados y la vista en el suelo. Tenian afeitadas las cabezas y vestian ropones blancos. El canto era lento, grave, mesurado, y no dejaba de inspirar seriedad y recogimiento. Tres sacerdotes llevaban el compás, uno con una inmensa tambora, otro con una vasija de hierro, y otro con una hola de madera. Despues de este primer canto, se arrodillaron en unos banquillos, se prosternaron delante de la estatua colosal de Budha, y golpearon muchas veces el suelo con la cabeza. En seguida se levantaron, y puestos unos en frente de otros, empezaron á cantar con mucha lentitud, acelerando poco á poco el movimiento hasta no poder mas, y volviendo en seguida con la misma graduacion al compás primitivo.»

Hay una ramificacion del budhismo, que prevalece en Mongolia y en el Thibet, y que se llama *Hwang kiau*, ó doctrina amarilla, por el color del vestido que usan los sacerdotes. Estos son los verdaderos lamas, cuyo gefe ó gran pontífice, ó *dalai lama*, se considera como una encarnacion de la Divinidad. El gobierno de Pekin los mantiene, á fin de tener sumisas á las tribus en que ejercen ellos un influjo ilimitado. Tienen un decálogo, cuyos mandamientos son: no matarás los seres que tienen vida; no robarás; no te casarás; no dirás mentiras; no beberás vino; no te perfumarás la cabeza ni te pintarás el cuerpo; no asistirás á conciertos ni á comedias, ni tomarás parte en ellas; no te reclinarás ni dormirás en cama grande; no comerás fuera de tiempo; no tocarás oro ni plata, ni cosa que tenga valor.

A pesar de todo lo que hemos dicho acerca de la diversidad de sectas religiosas que dominan en China, y de la indiferencia con que se observan, hay un culto comun á todas, y en que ostentan no menos celo exterior que devocion sincera y afectuosa: tal es el culto de los antepasados. Las doctrinas de Confucio y las ceremonias de la religion del Estado, representan el dogma intelectual y especulativo; la doctrina de

*Viage ilustrado.*

*Lautsz'*, puede mirarse como la parte maravillosa de la creencia pública; la gerarquía budhista personifica la sensualidad y la intriga; pero el sentimiento nacional está pegado, si es lícito decirlo, á los ritos fúnebres de la familia y á las dos divinidades que custodian sus tumbas. Este culto doméstico ha sido muy popular en otros países; pero en ninguno lo ha sido tanto como en la region oriental del Asia, y todos los afectos naturales lo fortifican y lo revisten de un carácter sagrado. ¿Quién velará por el bienestar de los hijos, quién los preservará de todo daño, quién los curará en sus dolencias, quién los hará prosperar en sus negocios con mas eficacia que aquellos que desempeñaron



Kouan-yn, diosa china.

los mismos deberes cuando vivian en el mundo, y en torno de los cuales se estrecharon todos los afectos del corazon? En este raciocinio se funda el culto filial de los chinos: culto realmente idólatra, tanto mas perjudicial cuanto que lo escuda el primero de los sentimientos benévolos que el hombre experimenta, y el mas natural y honorífico de cuantos en su seno pueden abrigarse. El infanticidio, tan comun en aquel pais, y mirado generalmente con tanta indiferencia, parece contradecir este punto de vista bajo el cual hemos considerado el temple moral de la nacion. ¿Cómo pueden respetarse los vínculos de la familia, donde se vierten sin remordimientos la sangre de los destinados á

perpetuarla? Semejantes anomalías solo se esplican por el errado impulso que dan al alma las supersticiones del paganismo, y la China no es una escepcion de esta regla. Es muy difícil calcular la estension de aquella horrible práctica entre los chinos, y señalar todas las razones que á ella los mueven. Se han hecho en Canton algunas investigaciones sobre este asunto, y se ha demostrado que allí á lo menos, el infanticidio no es tan general como se cree comunmente, y que no lo favorece la opinion pública, aunque no es desconocido ni está prohibido por las leyes. En Amoy, al contrario, el número de estos inhumanos sacrificios es inmenso, y este y algunos otros ejemplos han dado lugar á que se atribuya á toda la nacion lo que solo se usa en dos ó tres provincias, reputadas por las mas pobres y corrompidas de todo el imperio. La mas notable en esta linea es la de *Fukien*, donde las investigaciones hechas por Mr. Abel le descubrieron que el infanticidio consume, por término medio, un cuarenta por ciento de las hembras nacidas en treinta poblaciones. En *Changchau*, esta proporcion sube á la cuarta parte. Las razones que se alegan en justificacion de este cruel sistema son varias. La pobreza es la mas comun, y sirve de excusa aun á los ojos de muchas personas de la clase instruida. La gran emigracion de los hombres á las islas del Archipiélago, induce á los padres á deshacerse de las hijas por temor de no poder casarlas. Otros dicen que las matan por evitar los gastos de las bodas. Lo cierto es que no hay ejemplo de semejante crimen en las clases decentes y acomodadas, y que muchas familias que les pertenecen procuran disuadir á los pobres cuando parecen inclinados á cometerlo.

Las ceremonias de los funerales varían en las diferentes provincias del imperio, aunque en ninguna de ellas son dispendiosas, en términos que todos los pobres están en actitud de practicarlas. Los habitantes de *Fukien* ponen una moneda de plata en la boca del moribundo, y le tapan cuidadosamente la nariz y los oídos. Inmediatamente despues de la muerte, abren un agujero en el techo para facilitar la salida de los espíritus, de los cuales cada hombre posee tres; uno de ellos sube á los cielos, otro queda vinculado en la inscripcion del nombre del difunto, que se conserva en la casa, y el tercero acompaña al cadáver en el sepulcro. Las opiniones vulgares sobre el destino de los espíritus en la otra vida son tan varias, que no es fácil caracterizar la creencia general como dogma religioso. La idea de la trasmigracion es bastante comun; pero el pormenor de las alternaciones por las que el alma pasa, antes de absorberse en Budha, varia *ad libitum* del creyente. Cuando el sacerdote llega á la casa mortuoria, se coloca el cadáver en el suelo, con la inscripcion de su nombre en el testero de la sala, y á su lado se pone una mesa con algunos manjares. Mientras el sacerdote recita las oraciones que señala el ritual para libertar al espíritu del infierno, todos los presentes estallan en lamentos y sollozos. Entretanto se queman papeles, se encienden linternas y se escribe á la puerta de la casa el nombre, la edad y la condicion social del difunto. Cuando el sacerdote anuncia que el espíritu ha pasado el puente por donde se sale del infierno, pone en manos del cadáver una carta de recomendacion, sin la cual no puede ser admitido en el cielo. Antes del entierro, si la familia no tiene un cementerio propio, se busca un sitio favorable, que los agüeros determinan. Se viste el cadáver con la ropa mas lucida de su equipage, y se le pone en la mano un

abanico y un papel que contiene una oracion. La forma del ataúd es la de un tronco de árbol; las tablas tienen tres ó cuatro pulgadas de grueso: el fondo se cubre de algodón, el cadáver de cal viva, y el ataúd se cierra herméticamente, de modo que no se perciba el mal olor. Es muy comun la práctica de proporcionarse en vida un ataúd á gusto del interesado. Los hay de diferentes precios, desde 5 hasta 500 duros. Suelen conservarse los cadáveres en las casas por espacio de muchos años, y dos veces al dia la familia acude á incensarlos. Los parientes del difunto que no viven en su casa, reciben aviso de la ocurrencia, y acuden á la mortuoria para acompañar á la familia. El hijo mayor saca agua del rio mas próximo, que es la que se usa para lavar el cadáver. Antes del entierro, si el difunto es pobre, sus hijos y parientes van de casa en casa de los amigos pidiendo dinero para los gastos fúnebres. Sucede á veces que estos socorros son necesarios para rescatar el cadáver de los acreedores, que se apoderan de él y no le sueltan hasta estar pagados. En ocasiones como estas, ha habido hijos que se han vendido en esclavitud para salvar el honor de sus padres. El dia del entierro se ofrece un sacrificio de viandas aderezadas. Los principales dolientes, vestidos de telas groseras, se arrodillan delante del ataúd y golpean el suelo con la cabeza. Siguen los hombres haciendo las mismas ceremonias, y finalmente las mugeres. Despues de esto, empieza á marchar la procesion, precedida por una banda de música. Van tambien en ella las grandes tarjetas de madera en que están inscritos los nombres y los títulos de la familia. Los dolientes van vestidos de blanco, y el que los preside no deja de hacer las mas elocuentes demostraciones de dolor. Detrás van las mugeres y los niños llorando. En el acto de consignar el cuerpo á la tierra, se distribuyen pedazos de papel recortados en forma de muebles, caballos, dinero, comestibles, y de todo lo que el muerto puede necesitar en la otra vida. El lugar de la sepultura depende de la eleccion del adivino, el cual lo retarda lo mas que puede para obligar á los parientes á estimular su inteligencia y celo por medio de regalos. Los cementerios están colocados fuera de las ciudades en situaciones elevadas, secas y espuestas al Sur. La forma de los sepulcros es la de un sillón de brazos, en cuyo asiento se deposita el cadáver. Los ricos suelen comprar terrenos de cien pies cuadrados para un solo sepulcro, creyendo que el difunto se complacerá en verse separado de la muchedumbre y tratado con distincion. Son generalmente de piedra, y suelen estar cubiertos de delicadas esculturas. El viajero Fortune visitó cerca de *Sung King Fú*, un sepulcro, al cual se subia por una ancha escalera adornada con muchas estatuas de perros, gatos y caballos, y dos colosales que representaban los sacerdotes custodios del sepulcro.

El luto por el padre debe durar tres años, pero generalmente termina á los veinte y siete meses. El código indica las personas que han de usarlo, y las penas en que incurre el que oculta la muerte de un pariente, ó desfigura sus circunstancias, ó que omite en los entierros alguna de las formalidades que exige el libro de Ritos. Se prohíbe rigorosamente quemar el cuerpo, conservarlo en la casa mas de un año, celebrar bodas al tiempo de las exequias, y aprovecharse de esta ocasion para reunirse personas de ambos sexos de un modo indecoroso y poco digno de la gravedad de las circunstancias. Durante treinta dias des-

pues del fallecimiento, los parientes no deben afeitarse la cabeza, ni mudar de ropa, sino que han de parecer desaliñados, como si el dolor los tuviera enteramente sobrecogidos. El medio luto es azul, y se manifiesta principalmente en el color de los zapatos, y de una cinta entretejida en las trenzas de los cabellos. En estas ocasiones se distribuyen tarjetas á los amigos para anunciarles que no ha pasado el día de la aflicción. Los gastos que ocasionan los entierros y demas formalidades que los acompañan suelen ser considerables. Bridman alude á dos entierros de que fué testigo en Canton, cada uno de los cuales no bajó de 10,000 duros.

Cuando muere la emperatriz, todos los empleados públicos se visten de luto, se arrancan los botones y flecos de los sombreros, estampan sus sellos con tinta azul en lugar de la encarnada, que es la de oficio, y se abstienen de afeitarse la cabeza por espacio de cien días. También se impone esta privación al pueblo, pero solo por un mes. En la muerte del emperador, además de todas estas señales de dolor, se prohíbe la celebración de matrimonios, y la representación de piezas dramáticas, el uso de galas y joyas, y toda demostración de alegría y buen humor. Todos los habitantes deben mostrarse abatidos y cabizbajos.

En todas las casas, y especialmente en la del jefe de la familia, hay una pieza que se llama el salon de los antepasados. En las casas ricas, es un edificio separado del principal; en las mas pobres no es mas que un nicho. Allí se custodia y venera la gran tarjeta de la familia, llamada *sin chu*, ó casa de los espíritus, que está hecha de tablas, y en que está escrito el nombre de la persona, con las fechas de su nacimiento y de su muerte, sus títulos, dignidades y servicios. En el reverso hay una abertura en que se colocan pedacitos de papel con los nombres de los principales antepasados y otros miembros de la familia. Todos los días se queman incienso y papel delante de este simulacro, con sendas reverencias y prostraciones, que constituyen una especie de culto familiar. Las tarjetas están colocadas en orden cronológico; las de una generación en la misma línea. Si la pieza y las facultades de la familia lo permiten, se prodigan en este venerable retrete banderas, guirnaldas, faroles y toda clase de adornos. El salon de los antepasados sirve para las reuniones de la familia y de los amigos.

En los primeros días de abril se celebra una fiesta general en honor de los difuntos, que se llama la adoración de las montañas. La población en masa, con inclusion de mugeres y niños, acude á los cementerios con manjares aderezados, velas, incienso y papel de todos colores. Cada familia barre y adorna las tumbas de sus parientes, y despues de muchas ceremonias, se ponen sobre cada tumba tiras de papel, sujetas con montones de tierra, en señal de que la familia ha cumplido con la obligación del día.

Se ha disputado mucho sobre si este culto puede llamarse con propiedad idolatría, ó si es solamente la espresion quizás exagerada de un sentimiento loable. Los misioneros jesuitas lo calificaron de este último modo, y lo toleraban á sus prosélitos. Los de otras órdenes monacales no pensaron del mismo modo, y lo prohibieron severamente á los chinos convertidos. La traducción siguiente de una de las oraciones que se presentan en los sepulcros el día de la fiesta de los montes, puede servir para formar una idea correcta del carácter de la institucion: «*Tankwang*, duodécimo

año, tercera luna, primer día. Yo, *Lin Kwang*, hijo segundo de la tercera generacion, me atrevo á presentarme delante de la tumba de mi antecesor *Lin Kung*. La rotacion del año ha traído la estacion de la primavera. Abrigando sentimientos de veneracion, vengo á visitar y barrer tu sepulcro. Postrado te ruego que acudas y estés presente, y que concedas á tu posteridad lo que necesita para ser ilustre y próspera. En esta época de suaves lluvias y agradables brisas, deseo renovar la raiz de mi existencia y esforzarme sinceramente. Concédeme siempre la seguridad de tu proteccion. Mi confianza está en tu espíritu divino. Con la mayor reverencia te presento el quintuple sacrificio de un puerco, una gallina, un pato, un ánade y un pez; como tambien cinco platos de fruta, con libaciones de licores espirituosos, suplicándote que vendas y los veas. Con el mas profundo respeto se presenta esta comunicacion en lo alto.» Cualquiera que sea la opinion que se forme en esta materia, todos los viajeros convienen en que el culto de la familia es uno de los rasgos mas loables de la vida social de los chinos, y entre sus prácticas religiosas, la mas repugnante á las ideas de los pueblos civilizados.

Los ritos fúnebres que hemos estado describiendo, son los que se tributan á las personas crecidas y libres. Los niños, los esclavos y las concubinas se entierran con mucha mas sencillez; á veces sin mas aparato que envolver el cadáver en una estera, y llevarlo una persona sola á su última morada. Algunas veces los pobres arrojan los cadáveres al campo, y la autoridad pública se ve obligada á mandar recogerlos y enterrarlos. En ciertos puntos hay sociedades de beneficencia que se encargan de esta piadosa ocupacion. A pesar de su afición á elogios y exageraciones, en sus epitafios son sumamente laconicos. En ellos solo espresan el nombre de la dinastía reinante, el del difunto, la fecha de su nacimiento y el número ordinal de su genealogía. Raras veces se leen espresiones laudatorias ó citas de sus poetas y filósofos.

Los chinos, además de todas las prácticas y supersticiones que hemos enumerado, tienen una infinidad de preocupaciones y agüeros que influyen poderosamente en todas las acciones de su vida, y cuyo principal objeto es alejar el mal y el peligro, mas bien que implorar felicidades y buena suerte. Tan grande es el poder que atribuyen á los génius malévolos, en cuya existencia creen ciegame, aunque sin formarse la menor nocion de su naturaleza, que á cada instante se figuran amenazados por ellos, y espuestos á ser víctimas de su enemistad. Apenas hay persona que no lleve pendiente al cuello algun amuleto para alejar las influencias malignas. De esta propension suelen aprovecharse los sacerdotes de todas las sectas, para vender pedazos de papel, polvos, bálsamos y otras composiciones que dan como preservativos infalibles. El terror que les inspiran los espíritus que, segun creen, están siempre vagando por los aires, ha dado lugar á una fiesta religiosa que los budhistas celebran con gran aparato, llamada *Ta tsiau*, y que tiene por objeto apaciguar aquellos seres invisibles. El día de la festividad se entoldan las calles, y de una casa á otra se cuelgan festones de seda de colores brillantes. Penden de trecho en trecho arañas y faroles sobrecargados de adornos, y todo esto se ilumina de noche, formando un agradable golpe de vista. Los sacerdotes se presentan en un tablado donde rezan oraciones á *Yen wang* que es el dios de los infiernos, y en seguida descu-